

bertarla. Sabían que el papa les había fulminado el entredicho, y sin embargo continuaban en su empresa, tratando de demostrar á los Bárbaros que no eran inexpugnables los muros de Bizancio, barrera que se les había opuesto hasta entónces. Solo Venecia, mas culta que las otras, se aprovechó de los frutos de esta conquista, ya trayendo obras maestras del arte, ya porque no siendo regida feudalmente, sometió al público las conquistas de cada uno, aumentó su crédito, y conserjó los países que interesaban á su comercio. Á cualquier ciudadano permitía conquistar las islas del Archipiélago y poseerlas como vasallos de la república.

Los reinos de Palestina, despues de los horrores del hambre, de la peste y de los terremotos, estaban en continuo temor por las correrías ó los puñales de los asesinos. Muerto Amalrico II, rey titular de Jerusalem, heredó sus derechos una niña hija de Isabel y de Conrado, marques de Tiro; y para poder ocupar el trono con los socorros que se le proporcionasen de Occidente, trataron de buscarla un esposo en Europa. Felipe Augusto propuso á Juan de Brienne, que educado entre una familia guerrera no se había podido acostumbrar al claustro, de donde saldría para cubrirse de gloria. Con alegría aceptó este las fatigas mas bien que los honores de rey de Jerusalem, y prometió ir allá con un ejército. Animados con esta noticia los Cristianos de Palestina, no quisieron renovar la tregua que les había propuesto Malek-Adel; pero Brienne no pudo reunir mas de trescientos caballeros, y hasta las fiestas de su coronacion en Tolemáida no estuvieron seguras de las correrías de Malek-Adel. En vano Brienne mostró su valor: desprovisto de medios, reducido solo á Tolemáida, solicitaba socorros de Europa, y el papa Inocencio III los procuraba por medio de la predicacion; pero sin fruto, porque otros muchos intereses ocupaban el Occidente.

Niños
cru-
zados.

Extinguido el ardor en los hombres, parecia avivarse en los niños. Una turba de cincuenta mil se hizo cruzar en Francia y Alemania, gritando: *Jesus, Jesus, volvednos vuestra Cruz*. Se había pronosticado á estos infelices que habría tal sequía que llegaría á agotarse el mar, y ninguna autoridad los contenía. Atravesaron los Alpes, y á quien les preguntaba dónde iban, le respondían: *Á libertar el sepulcro del Salvador*; pero allí sucumbieron muchos por las fatigas del camino, y treinta mil que pasaron por Marsella, fueron cogidos por los mercaderes de esclavos que los vendieron en África.

Cuando Inocencio supo este desastre, exclamó: « Aquellos niños son un cargo para nosotros, que dormíamos, mientras ellos corrian » á Tierra Santa. » Para despertar, pues, á la Europa, no omitió medio alguno el santo padre. Escribió al sultan del Cáiro, invitándole á ceder á los fieles la Ciudad Santa, ya que era llegado el dia en que aplacada la ira de Dios, la devolvería á quienes por sus pecados la había quitado. Recorrieron toda la Europa legados y obispos, y

especialmente el cardenal de Courzon, que daba la Cruz á cuantos se la pedían, niños, ancianos, tullidos y ciegos. Le secundó Jacobo de Vitry, quien por su sabiduría fué propuesto obispo por los fieles de Tolemáida. En Francia, Felipe Augusto destinó á este objeto la cuadragésima parte de sus rentas alodiales; el Inglés Juan Sin Tierra adornó sus hombros con la Cruz, aunque sin intencion de ir á la expedicion; otro tanto hizo Federico II. En el concilio general XII (Lateranense IV) el papa empleó la lógica y la elocuencia con los prelados y señores que allí habían ido de todo el mundo; pero había que tratar cosas de mayor urgencia. Sin embargo, se mandó que se pusiesen cepillos en todas las iglesias para recibir las limosnas; que el clero contribuyese con la vigésima parte de sus rentas; el papa y los cardenales con la décima; que se hiciese paz por cuatro años entre los príncipes; y se excomulgaron á los corsarios que molestaban á los peregrinos en su tránsito. El papa además suministraba tres mil marcos de plata, muchas naves de transporte; los predicadores prohibieron los bailes, torneos, juegos públicos, y exhortaban en las plazas y en los regios alcázares á tomar las armas. Parecía que se reanimaba el devoto fervor; reaparecían los milagros; los trovadores cesaban de cantar sus amores, para entonar el grito de guerra, y todos se preparaban á seguir á Inocencio que había prometido guiar la Cruzada en persona; pero mientras los preparativos murieron, y con él concluyó esta empresa.

XII
concilio
ecumé-
nico.
1215.

CAPÍTULO IV

Quinta y sexta Cruzada, 1218-20.

El sucesor de Inocencio fué Honorio III. Al dia siguiente de su exaltacion al solio pontificio escribió á los Cristianos de Siria que continuaría la obra de su antecesor. Entretanto exhortaba á los obispos á predicar la guerra santa y á los príncipes á ponerse en paz para poderla llevar á cabo. Pero Francia é Inglaterra continuaban sus enemistades; Federico II solo sabía prometer y faltar, á pesar de que los señores y obispos alemanes se manifestaban favorables á la expedicion. Entre todos se distinguió Andres I de Hungría, que habiendo jurado á su moribundo padre cumplir el voto que este había hecho, adornó sus hombros con la cruz, y sin que le detuviese la agitacion en que se hallaba su reino por las disensiones de su mujer Gertrúdis, se resolvió á hacer el viaje é hizo predicar la Cruzada en los países recién convertidos, de donde acudieron hombres fervorosos á militar bajo sus banderas. Salió, pues, con los duques de Baviera y Austria y muchos señores y obispos alemanes y llegó á Spalatro, donde las naves de Venecia, Zara y Ancona los trasportaron á Chipre. Allí se reunieron á los Cruzados que habían venido de Brindis, Génova y Marsella, y

1216.

Hono-
rio
III.

1217.

unidos á Lusignan, rey de la isla, pasaron á Tolemáida.

Al llegar este fuerte ejército se regocijaron los Cristianos y se aterraron los musulmanes; pero pronto la escasez de víveres obligó á los Cruzados á merodear. Guiados por los reyes de Jerusalem, de Chipre y de Hungría, pasaron por los territorios de los Cristianos, atravesaron, con la Cruz eleyada y cantando, toda la Palestina hasta el Jordan, despues las llanuras de Jericó y las riberas de Genezaret, cogiendo prisioneros y despojos, sin dar ninguna batalla.

Renunciando Malek-Adel un reino adquirido á costa de tantos delitos, cedió el Cáiro á su primogénito Melik-Kamel (*Meledino*); Damasco á Cherif-Eddyn (*Coradino*); Balbek, Bosra y otros principados á sus demas hijos; reservándose únicamente la autoridad necesaria para ser considerado como el sosten del islamismo en aquellos países. Adivinó que la concordia de los Cristianos no sería duradera, y prohibió molestarlos; pero hizo que los musulmanes se fortificasen cerca del Monte Tabor. Á pesar de las dificultades que se les oponían, los Cristianos vinieron á atacarlos en este sitio, poseídos de un gran valor y animados por el patriarca y por los recuerdos de aquel santo monte; pero pronto volvieron derrotados á causa de sus rivalidades y turbulencias.

Entónces estallaron las malas pasiones; el patriarca no quiso volver á llevar á campaña el sagrado madero de la Cruz; los unos imputaban á los otros la causa de sus desavenencias, y al fin se dividieron en cuatro cuerpos para operar separadamente y buscar víveres. Pero el rey de Chipre murió, el de Hungría recibió tan tristes noticias de sus país que tuvo que abandonar la Palestina, á pesar de la excomunion del patriarca, y sin haber obtenido otra cosa sino innumerables reliquias, á las cuales se atribuyó el haber calmado las sediciones de su patria.

Nuevos Cruzados llegaron entretanto de la Frisia y del Rhin, los cuales, despues de haber ayudado á los Españoles en Portugal, y haberse unido á otros en Holanda, Francia é Italia, llevaban en su corazon el valor que infunden las victorias, y la fe en los milagros que habían acompañado á su expedicion. Animados por estos, Leopoldo de Austria, Oton de Merania y otros señores y prelados alemanes que se habían quedado en Palestina, resolvieron invadir el Egipto y desembarcaron cerca de Damietta. La fertilidad de aquel país confortaba á los Cruzados, recompensándoles los quebrantos de sus pasadas guerras, y Malek-Adel antes de espirar llegó á oír que ya no existía el baluarte de Egipto. Melik-Kamel propuso á los Cristianos restituirles la ciudad de Jerusalem; pero el cardenal Pelagio, legado apostólico, que tenía plena autoridad sobre los Cruzados y quería ejercerla, no permitió que lo admitiesen. Los príncipes musulmanes comprediendo su peligro se reunieron, formaron sus ejércitos, construyeron fortificaciones y desmantelaron á Jerusalem y to-

dos los castillos de las costas de Siria, mientras que las enfermedades contagiosas azotaban al ejército cruzado. Muchos se volvieron á su patria; las pretensiones de Pelagio eran un germen de discordias: los naturales embarazaban las marchas é inquietaban los campamentos, haciendo desbordar las aguas del Nilo, mientras que la actitud amenazadora de los Tártaros impedía por otra parte concentrar todas las fuerzas en este país.

Los Cristianos solo encontraron en Damietta inmensas riquezas y cadáveres pestilentes, así es que cargados de tesoros, diezmados por la muerte, divididos por las cuestiones que surgían entre Pelagio y Juan de Brienne, siempre empeoraban su estado, sin que bastasen á mejorarle los continuos socorros que recibían de los príncipes de Europa, y principalmente del pontífice. Pelagio mandó que el ejército se dirigiese hácia el Cáiro, á despecho del rey y de los demas que conocían el país, y el arte de la guerra, y torpes derrotas vinieron á demostrar la razón que aquellos tenían. Al fin, obligados por el hambre, tuvieron que firmar una paz de ocho años con los musulmanes, quedando en rehenes hasta que Damietta fuese restituida, el rey, el legado, Luis, duque de Baviera, y muchos obispos.

El rey, que se hallaba sentado enfrente del sultan prorumpió repentinamente en un amargo llanto, y preguntándole el sultan la causa de su pesar: « Tengo motivos para ello, respondió, al ver que el pueblo que Dios confió á mi cuidado » perece de hambre en medio de las aguas. » El sultan se afectó y tambien lloró. Despues mandó que por cuatro dias consecutivos se distribuyesen treinta mil panes entre los pobres y los ancianos (1). Se retiraron, al fin, despues de graves padecimientos, sin ningun fruto.

Los de Palestina se quejaban del cardenal Pelagio, y el papa Honorio todo la atribuía á la tardanza del emperador Federico II, quien renovó entónces su promesa de cruzarse. Para activar una nueva expedicion, vinieron á Italia el gran maestre de la orden de los Templarios, y el de los Hospitalarios y el de los Teutónicos, el patriarca de Jerusalem y el mismo rey. Federico II, á quien estos vieron en Verona, no solo se manifestó propicio, sino que casándose con Yolanda, hija de Juan de Brienne, se obligó á defender, como cosa propia, el reino de Jerusalem que ella debía heredar. Juan de Brienne recorrió los otros Estados de Europa, buscando socorros, y entretanto Federico aparejaba naves en Sicilia, repetía sus promesas, exhortaba al papa que utilizase toda su influencia para consolidar la paz, y enviaba á los príncipes, caballeros de las tres órdenes. En la Palestina, mas desolada que nunca, esperaban á Federico, como en otro tiempo los Santos Padres esperaron al Mesias, salvador del mundo, y hasta la reina de Georgia escribía al pontífice que sus belicosos pueblos deseaban con entusiasmo reunirse

(1) Contin. de GUILLERMO de Tiro.

1219.
3 de
nov.

1221.

á los Cruzados para vindicar los ultrajes que habia sufrido la ciudad de Dios.

La primavera de 1225 fué la época señalada para la partida; pero Federico encontró nuevas razones ó mas bien pretextos para diferirla. Despues pretendió el título de rey de Jerusalem en perjuicio de Juan de Brienne. ¿Podian aun escucharse las excitaciones de los predicadores, cuando aparecia tan poca lealtad en los jefes? Entretanto los reyes estaban ocupados en arrancar de manos de los barones los restos que á estos quedaban del poder regio; las ciudades procuraban consolidar sus antiguas franquicias y adquirir otras nuevas ó combatian entre sí; el emperador alimentaba sus ambiciosos designios; así es que la Cruzada era objeto de los discursos de todos, pero nadie se ponía en movimiento á no ser algun peregrino ó algun caballero aislado.

Gregorio IX instó con mas fervor á Federico « puesto por Dios en este mundo como un querubín armado de espada para mostrar á los descarriados el camino del árbol de la vida; » y este, no pudiendo resistir por mas tiempo, se embarcó en Brindis; pero ¿qué sucedió? á los tres dias ya estaba nuevamente en tierra, alejando las enfermedades que él y otros padecian. El pontífice perdió al fin la paciencia y le excomulgó, presentándolo ante toda la Europa como perjuro é infiel, imputándole la muerte de Yolanda y la de los Cruzados que perecieron de hambre y calor en la Pulla. Federico contestó no menos iracundo, y entretanto la Palestina gemía sin que nadie fuese á socorrerla.

Afortunadamente se pusieron en discordia los sultanes de Damasco y del Cáiro. El primero pidió auxilios á Gelaeddin, príncipe poderoso del Garism; el otro se procuró la amistad de Federico enviándole presentes, y prometiéndole, si se trasladaba á aquel país, entregarle á Jerusalem. Conforme con esta proposición, Federico proyectó formalmente su viaje á Palestina, para contentar al papa y tranquilizar á su suegro Juan de Brienne, que se disponía á recuperar el regio título. Al efecto reunió numerosas tropas en las llanuras de Barletta, donde presentándose sobre un magnífico trono con toda la majestad imperial y con la cruz de peregrino, anunció su partida, leyó por sí mismo su testamento, é hizo jurar á los barones que le cumplirían si parecia en aquella expedición.

Pareció á Gregorio demasiado escandalosa una Cruzada dirigida por un excomulgado é imprudente llevarla á cabo con solo veinte galeras y seiscientos caballeros, escuadra mas propia de un corsario que de un emperador. Federico no respondió; pero continuó su empresa, y el papa interrumpió la canonización del pacífico San Francisco para reiterar las maldiciones á Federico. Este fué recibido en Siria como salvador, y allí se le presentaron dos franciscanos anunciándole la excomunión, la cual le quitó la fe y el respeto. Melik-Kamel salió entretanto de Egipto para aprovecharse de la muerte de su hermano

y apoderarse de Damasco. Federico le recordó el tratado que tenían celebrado, y aunque á ambos interesaba la paz, pasaron toda la campaña en contestaciones, cual si se ocupasen de una guerra moderna. Estas negociaciones, que siempre se cubren con el velo del misterio, dieron origen á las murmuraciones de los musulmanes y Cristianos, que estaban recelosos y hasta despechados por aquellas amistosas relaciones. Melik regaló á Federico un elefante, algunos camellos y otras rarezas de la India, del Arabia y del Egipto, y le presentó una comparsa de bailarines y cantores, todo lo cual fué objeto de reprobación para los musulmanes y de escándalo para los nuestros. Al fin el sultan y el emperador convinieron en una tregua de diez años; Jerusalem, Belen, Nazaret y Toron se adjudicarian á Federico con todos los territorios comprendidos entre Jerusalem, Acre, Tiro y Sidon, esto es, poco ménos que el reino de Jerusalem; los prisioneros se devolverían por ambas partes; los musulmanes debían conservar sus mezquitas y el libre ejercicio de su culto, y Federico evitar cualquier acto hostil por parte de los Francos contra los Egipcios.

Ambas religiones miraron estos pactos como impíos. Los imanes y cadíes apelaron al califa de Bagdad contra la cesión de la ciudad del Profeta; los obispos al papa de Roma contra la odiosa y sacrilega medida de confundir los dos cultos; el sultan de Damasco protestó contra aquel convenio, y el patriarca de Jerusalem declaró en entredicho los países recobrados por este tratado. En su consecuencia Federico entró en Jerusalem, sin otro acompañamiento que sus barones alemanes y los caballeros Teutónicos. En la iglesia del Santo Sepulcro, que encontró enlutada y abandonada de los sacerdotes, tuvo que ponerse la diadema con sus propias manos. Victorioso y aborrecido, dejó á Jerusalem, sin haber podido obtener obediencia á pesar de tratar cruelmente á los ciudadanos, apalea á los frailes y molestar á los Templarios y peregrinos que habian ido á celebrar la Semana Santa, y respirando venganza volvió á su reino de Sicilia que se hallaba amenazado por los partidarios del papa. Su salida de Jerusalem fué tan celebrada como su llegada, y las personas sensatas lo murmuraban, con razon, por no haber procurado conservar las posesiones adquiridas.

El papa pensaba en una nueva Cruzada, y entretanto mandó una misión de frailes para que convirtiesen la Siria y el Egipto, á la cual entregó cartas para el califa de Bagdad, el sultan de Damasco y los principales musulmanes. Al mismo tiempo hacía predicar la paz en Occidente y exhortaba á todos los fieles á pagar un dinero por semana, lo cual hubiera bastado para mantener el ejército por diez años. Los Dominicos y Franciscanos salieron por los pueblos con esta misión; pero tanto en Oriente como en Occidente dió muy mezquinos resultados. Tibaldo V, conde de Champaña y rey de Navarra, tan famoso trovador como esforzado caballero, excitó la

Cruzada con sus canciones, y muchos se le unieron para una de que debía ser jefe Federico, á quien el papa habia ya absuelto de la excomunion. Se reunieron en Lyon; pero nuevas disidencias que surgieron entre el emperador y el papa, obligaron á este á mandar que se retirasen. Algunos obedecieron y otros se embarcaron en Marsella, entre los que se contaban el rey de Navarra. Al llegar á Palestina, quebrantaron la tregua y se dirigieron de Joppe á Ascalon; pero fueron sorprendidos y derrotados.

1239.
19 de nov.

Mientras continuaba la guerra civil entre el sultan del Cáiro y el de Damasco, los Cristianos se habian dividido, tomando parte los Templarios por el primero y los Hospitalarios por el segundo. Se vió, pues, cruz contra cruz, hasta que el de Damasco recuperó á Jerusalem. En este tiempo llegaron nuevos Cruzados de Inglaterra y de otras naciones, bastantes para turbar la paz; pero insuficientes para obtener la victoria. Y ¿cómo la habian de conseguir mientras Europa hervía en interiores disidencias? ¿cómo la habian de conseguir, cuando la Cruzada se proclamaba al mismo tiempo contra los herejes del Languedoc, contra el emperador excomulgado, los idólatras de Prusia y los mahometanos de Oriente?

Poco despues se presentó Rodulfo, señor de Coèvres, pretendiendo el reino de Jerusalem, y obtuvo su gobierno; pero muy pronto abandonó una dignidad tan vana y peligrosa. Ricardo, conde de Cornwall, sobrino de Corazon de Leon, cuyo nombre todavía causaba espanto á los musulmanes, vino con tropas y dinero; pero no habiendo podido terminar la guerra á muerte que se hacian las dos órdenes de caballeros, se limitó á concluir un tratado con los Ayubitas, en virtud del cual Jerusalem, Ascalon y Tiberiade fueron restituidas á los Cristianos.

No era ménos desgraciada la situación en que se hallaba el reino de Constantinopla; Pedro de Courtenay, príncipe de la casa real de Francia, y sucesor de Enrique de Flándes, fué llamado á ocupar el trono, y durante su viaje sorprendido y asesinado por orden de Teodoro Comneno, príncipe de Epiro. Roberto, su hijo, vencido en una batalla por Juan Vatace, emperador de Nicea, perdió todas las provincias situadas mas allá del Bósforo y del Helesponto, mientras que el príncipe de Epiro se apoderaba de la Tesalia y parte de la Tracia, de modo que el ejército enemigo llegó á acampar á las puertas mismas de Constantinopla. Sus súbditos no le respetaban, y habiéndose casado con una mujer que estaba prometida á un caballero borgoñon, este asaltó de noche el palacio imperial, se llevó á su esposa y á su madre, cortó las narices y los labios á la primera, ahogó á la segunda, y el emperador murió de pesar.

1228.

Balduino II, todavía niño, sucedió á su hermano bajo la tutela de Juan de Brienne, que ya habia sido rey de Jerusalem. Este venció á los Griegos y Búlgaros que habian penetrado hasta en el puerto de Constantinopla, desanimándolos

1231.

con victorias maravillosas, que sin embargo hubieran sido insuficientes para sostener el imperio en la postración en que se hallaba, si los Búlgaros no se hubiesen enemistado con el emperador de Nicea. El héroe, á pesar de hallarse á los ochenta y nueve años de su edad, continuó defendiendo aquellas ruinas, y murió con el humilde hábito de franciscano, pudiendo prever que nada quedaba á sus sucesores. Balduino, su yerno, destinado á sucederle, no pudo ocupar el trono, y fugitivo vagó por Europa, mendigando socorros, y careciendo hasta del pan muchas veces.

1237.

Á tan mísera condicion llegaron los Cristianos en Oriente cuando los Mogoles, nuevos y mas terribles enemigos, se presentaron á preparar fuertes sacudimientos á la sociedad; pero como despues tendríamos que ocuparnos de ellos, bastará indicar aquí, que ya por casualidad, ó ya por una causa desconocida, sus ejércitos no se arrojaron sobre el imperio latino, ni sobre las posesiones cristianas de Siria, ó bien indirectamente contribuyeron á los acontecimientos que despues tuvieron lugar en ellos.

CAPÍTULO V

Herejías. — Nuevos frailes.

Siempre hemos visto que la libertad se ha abierto camino en el seno de la Iglesia bajo la sombra de la autoridad, y que se han convocado frecuentes concilios para discutir las opiniones, como único medio que la Iglesia creía aceptable para combatir á los disidentes. Las cuestiones inútiles, azote de la Iglesia y del buen sentido, turbaron á los Orientales; pero desde que Juan Damasceno introdujo entre ellos la escolástica, los ingenios se dedicaron no tanto á buscar nuevas verdades con riesgo de tropezar con nuevos errores, como á explicar y demostrar los dogmas por medio de la revelación, unida á la dialéctica. La herejía iconoclastica atrajo grandes desgracias al Oriente, llegando hasta tal extremo que, en tiempo de Constantino Coprónimo, se juzgaba como un crimen de lesa majestad aquella afectuosa exclamación: ¡Oh Madre de Dios, rogad por mí!

Los Occidentales se hallaban entónces á punto de entrar en el triste oficio de sofistas, y ya Gotescalc y Berengario en los siglos IX y XI impugnaban la presencia real en la Eucaristía. Las leyes que los emperadores antiguos habian promulgado contra los herejes, no se aplicaron á uno ni á otro, ya fuese descuido ó moderación, y Gotescalc fué solamente encerrado en la abadía de Haut-Villiers, evitando Gregorio VII toda persecución á Berengario.

Los heresiarcas, teniendo contra sí la opinion y las leyes, se mantenían en secreto, satisfechos con un corto número de adeptos á quienes ligaban con terribles juramentos. Sin embargo, de vez en cuando aparecian algunos indicios, y á mitad del siglo IX Pedro, obispo de Padua,